

Por TERESA FERNANDEZ HALL DE AREVALO

En el poemario «Olivos de Eternidad» de Vicente Gerbasi —sobre quien ya dimos anteriormente algunas notas— encontramos una veta religiosa que hoy queremos hacer resaltar porque esta clase de poesía representa en la actualidad el vaso lírico que contiene la esencia siempre eterna de la religión.

Viviendo en un país que fue cuna del cristianismo y llevando en la sangre por ancestro sus creencias cristianas el poeta, venezolano Gerbasi no podía escapar al hechizo que sobre los creyentes ejerce la ciudad que fue teatro del más grande de los dramas. Por eso encontramos en el poemario «Olivos de Eternidad» muchas menciones bíblicas y versiones poéticas del sacrificio del Calvario, de la Noche de la Cena, del Santo Sepulcro, del Nacimiento de Jesús, etcétera.

Fue la lectura de la Biblia el primer camino por donde Vicente Gerbasi se adentró en busca del alma de la ciudad de Jerusalén, según él mismo confiesa cuando dice, en el primero de los versos:

«Desde la antigüedad de tu libro,
manchado de sangre de corderos,
abierto al sol como prado de amapolas,
donde una vez Job aglomeró sus bienes,
yo he subido a tus piedras, Jerusalén,
ciudad del cántico del alba,
amurallado ámbito de paz,
tumba de David».

Y es del gran libro de la Biblia de donde toma muchos de los motivos que le inspiran. Así vemos que hablando de las sucesivas dominaciones que ha sufrido Israel nos cuenta:

«Pasaron dioses
con cabeza de gavilán,
con cuernos de gacela,
con ojos ardientes de toro,
pero quedó Uno
hecho del tres y del todo
para la tiniebla y para la luz
que baña el árbol
de redondas frutas

VIENE DE LA PAGINA 13

y para que Aquel de quien os hablo,
más fuerte que el olivo
y que el hijo del olivo,
ascendiera a la montaña Ila y de alabastro
a escribir con letras de fuego
en las tablas del tiempo».

Del gran monte Sinaí nos da imagen perfecta cuando dice

«Allá está la montaña,
sola en sus fulgores,
alta en el silencio,
bajo el sol que guarda la Ley».

Pero no es sólo del Exodo de donde toma su inspiración. También nos habla poéticamente del Génesis cuando canta refiriéndose a la creación del mundo:

«De nubes negras vistas en el miedo
de los días iniciales,
baja la luz a los árboles con frutos
iniciadores de magia,
y a las cabezas de los animales
asomados entre las hojas.
Suda el mundo en esta luz primera
hecha de brillos de peces
y semillas».

Del Antiguo Testamento toma también pasajes en este mismo verso diciendo de Noé:

«fabricante de navíos,
salvador de los animales en la tempestad,
navegante en las oscuras inundaciones
de nuestro corazón salvado del barro
bajo la luna de los muertos
entre los olivos».

Evoca asimismo la destrucción de Sodoma y Gomorra —las ciudades del pecado— en la siguiente estrofa:

«El mal engendró el castigo
y en aquellos días llovó del cielo
sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego.
En esos lugares no nace más hierba».

Pasando luego al Nuevo Testamento nos da sugerentes imágenes que nos hacen recordar estampas bíblicas. Sus palabras son como relámpagos de luz bajo cuyo resplandor reviven los misterios cristianos. Así del nacimiento de Cristo dice:

«No tengo vestimenta a franjas rojas y azules
de mercader de lejanías.
No traigo incienso ni mirra,
ni canela, ni clavos de olor,
ni abalorios de piedras preciosas».

Nada tiene que ofrecer al niño recién nacido como no sea su amor del que nos habla metafóricamente:

«Si la noche cae en los olivos
y en las ciudades amuralladas,
mi corazón viaja como un astro de magos
hacia las colinas de Judea
y allí fulgura
sobre la sombra de los establos».

El hombre moderno sueña con la conquista del espacio según afirma el poeta al decir:

«He aquí que estamos hundidos
en nuestro tiempo
de tempestades artificiales,
vistiéndonos de láminas brillantes
a semejanza de nuevos arcángeles,
dispuestos a otras músicas,
revisando mapas celestes».

cerca del manantial
y del león».

Y en ese mismo verso en la siguiente estrofa se queja:

«Mi limitación es infinita,
dura, inhóspita, con sombras,
como el rocoso desierto
donde durante cuarenta años
San Juan Bautista
estuvo comiendo grillos».

Ya dijimos que la noche tiene para él un raro encanto que se acrecienta con reminiscencias de la Biblia

«Con melodías del arpa de David
la noche
me convierte en musgo de muralla,
en colores densos
con torres».

De los antiguos esplendores hebreos nos da ligera idea cuando dice

«Las caballerizas del Rey Salomón
son una ciudad de arcadas subterráneas,
donde ahora anidan palomas silvestres».

De la salida de los israelitas de Egipto da noticia en el verso siguiente:

«Ellos vieron el río de sangre,
su denso silencio de papiros,
el miedo de los astrologos
en el tiempo de las ranas y el granizo ardiente».

El pueblo hebreo atraviesa el Mar Rojo y Gerbasi siguiéndolo en tal aventura poetiza

«Y así se abrió el mar
para que el pueblo
siguiera el rumbo de las codornices

Pasa a la 15 página 1a. columna.

Mas a pesar de ello no pierde su vigencia eterna el anhelo de acercarnos a la Sagrada Mesa en un afán de elevación espiritual, por eso el poeta dice por todos nosotros:

«Los que se sentaron a la mesa
en torno al pan y al vino,
en una ciudad de piedra y astros fascinantes,
dejaron en mí una noche
de lámparas y rostros.
El viento del milagro
con iluminaciones de arpas,
abre puertas y ventanas
en un movimiento obscuro de la memoria».

Y termina este verso diciendo

«Y soy la tempestad, luz de tela de arafia,
atmósfera de vedra que sube por el alma,
por una casa deshabitada,
donde entro a sentarme
en torno al pan y al vino
en una secreta luz de lámparas».

Una nueva versión lírica del Viernes Santo nos da en las siguientes estrofas:

«Guardianes con corazas y lanzas
jugaron en el huerto
un ajedrez primitivo,
mientras un rey
vestía una túnica de púrpura
en la noche de los planetas».

Más adelante habla de la conmoción que sufrió el mundo a la muerte de Cristo:

«Vino la tempestad.
Oscuridades de la muerte.
Fuegos».

Rumores negros de la tierra.
Se abrieron las piedras,
se rasgaron las cortinas
en las moradas y en los templos.
Clarines del tiempo
se oyeron en las murallas».

El respeto que siente ante el Santo Sepulcro le hace exclamar en un anhelo de belleza y perfeccionamiento:

«Necesito ser un poco de noche constelada
para estar un instante
en el Sepulcro».

Sintetiza el dolor de María, la madre por excelencia, en una pequeña estrofa:

«En tí, Jerusalén,
un día viernes
le dio a la Madre
un lino ensangrentado
bajo un rayo de sol agónico».

Mucho más pudiéramos seguir espigando en «Olivos de Eternidad» respecto al fondo religioso que tiene el poemario, pero bastan estas imágenes entresacadas de la grilla poética para darnos una idea de los cauces por donde corre esta nueva poesía religiosa que tiene indudablemente belleza, colorido y originalidad.

Aunque Gerbasi no es un poeta religioso por excelencia ha sabido captar en su poemario la emoción de los creyentes cristianos frente a los Santos Lugares y nos ha dado una estampa íntima de Tierra Santa, estampa impresa bajo el nuevo cuño de la poesía moderna pero que no por eso deja de ser bella y emotiva como que es esencia pura destilada en la alquilaria de la emoción de ese hijo de América que se llama VICENTE GERBASI.

TERESA FERNANDEZ HALL DE AREVALO